

El nacionalismo y la unidad nacional

En Belgrado, pasado un tiempo, pregunté a Milka porque los medios de comunicación se ocupaban tan frecuentemente de la unidad nacional yugoslava. Su respuesta fue muy esclarecedora: "Porque no están seguros de tenerla".

Nadie ignora la turbulenta historia de los Balcanes, incluyendo las varias guerras que se produjeron entre sus países. Buena parte de la "antigua Yugoslavia" fue dominada por el imperio austrohúngaro y otra por el otomano. Había católicos, cristianos ortodoxos y musulmanes. El serbocroata tenía dos alfabetos, cirílico y latino. El reino de los serbios, croatas y eslovenos fue establecido apenas tras la Primera Guerra Mundial. Es una región multiétnica, multicultural y multilingüe, con muchas tradiciones, costumbres y lenguas diferentes. En fin, no hay manera de ocultar que las diferencias eran profundas.

A su manera, Josef Broz llamado Tito, comunista y líder de la resistencia contra la invasión, creyó entender la naturaleza del problema y dentro del autoritarismo que presidió varias décadas, estableció una forma de gobierno que, en lo esencial, exigía que las decisiones se adoptaran por consenso. A su muerte, el gobierno debía ser dirigido por una presidencia colegiada, integrada por representantes de las varias repúblicas de la Federación. Entre estos rotaban cada año a un Presidente de la Presidencia que dirigía la tarea del colegiado y representaba al Estado ante la comunidad internacional. Similares esquemas se diseñaron para componer la administración y hasta se hablaba de una "llave étnica" que era una distribución de cargos importantes según el tamaño de las diferentes poblaciones. Traducido, quería decir que el número de generales, Embajadores, ministros, directores y así sucesivamente seguía los diferentes porcentajes demográficos.

Es difícil pensar en un sistema más complejo, pero Tito lo creyó necesario porque temía que los demonios balcánicos amenazaran la república que había establecido y originaran nuevos conflictos. Para ello se hizo un enorme esfuerzo de "nation building" empezando por la educación de los niños en las escuelas y ejecutando muchas otras políticas y tareas.

Como parte de la socialización de los hijos y para que practicasen su serbocroata, podían recibir cuando y cuanto quisieran a sus compañeros del colegio, que llegaron a casa muchas veces. Al saludarlos, Kille solía preguntarles ¿tú que eres? Le respondían que eran yugoslavos. Muchos años después comenté eso con un croata y me dijo que esa respuesta era política. No lo creo, especialmente porque en las décadas de paz de Tito y tras su muerte se realizaron más de tres millones de matrimonios "interétnicos", que tuvieron a su vez millones de hijos y nietos que no eran de una nacionalidad exclusiva.

Las razones por las cuales años después se produjeron las horribles guerras civiles se seguirán discutiendo. Tengo para mí que la perversa convergencia de la implosión del socialismo real con animosidades históricas no superadas y el ansia de poder de los líderes fueron el detonante de la terrible crisis humanitaria que destruyó al país.

El colapso del socialismo real fue tan inesperado que sacudió la geopolítica europea y mundial. La Unión Soviética se disolvió en una docena de estados que, a su vez, contenían grandes tensiones internas. En circunstancias de convulsión en que cada uno pugnaba por conservar lo que tenía y si posible adquirir más y en que se hacía evidente que las repúblicas de Yugoslavia habían entrado en curso de colisión, se dijo que posiblemente Alemania y el Vaticano se apresuraron demasiado en reconocer a la Eslovenia católica e históricamente muy afín a Austria.

Pero creo que el elemento determinante fue la ambición política de los líderes. No es que los nacionalismos hubieran dejado de ser un factor significativo. Ya en los años 1980 a 1982 que vivimos en Belgrado, eran conocidos los descontentos de Eslovenia y Croacia. Alegaban que producían más, recibían menos y tenían que costear la menor eficiencia de otras Repúblicas que, siendo mayoría poblacional, aprovechaban de su esfuerzo; y además eran discriminados en los cargos públicos y de otras maneras.

No es falso que algo de eso existiera, pero frente a ello casi cuatro décadas de paz habían posibilitado un desarrollo económico y social que ninguno de ellos tuvo nunca antes y también actuar como un Estado que era referente, porque siendo socialista mantuvo independencia frente a la Unión Soviética, fue el origen del Movimiento No Alineado y se ganó el respeto de la comunidad internacional.

Obviamente, los líderes políticos de las repúblicas alegaron que las diferencias eran irreconciliables, pero es más probable que quisieron dejar de intentarlo, incluso sabiendo que era imposible una separación pacífica. De tener que compartir el poder en la Federación, pasaron a tenerlo monopólico en cada nueva entidad política. Se acostaron socialistas y amanecieron nacionalistas, pues siguieron en el poder las mismas personas. Para ellos, todo era claro. Había un “nosotros” y los demás y la existencia de estos últimos era un peligro para los primeros. El problema es que, como ya se indicó, era muy difícil precisar quiénes eran esos “nosotros” y “ellos”.

Pero como suele ocurrir con los reduccionismos donde acaba imponiéndose un solo factor, es inimaginable cómo se habrán sentido quienes fueron obligados a tomar partido por una “nacionalidad”, cuando podían tener dos y más. Debe reconocerse que los líderes fueron magistrales en las técnicas de azuzar lo peor de los temores humanos. Es difícil saber que habrá ocurrido con las familias, los vecinos, los compañeros de escuela o de trabajo y muchísimas gentes más con los que compartían tantos factores de afinidad. Como en toda guerra civil, fue obvio que las muertes, saqueos, violaciones, atrocidades y hasta intentos de “limpieza étnica”, fueron en parte cometidos por gente que se conocía o incluso era cercana.

No debe ignorarse que manipular sentimientos de identidad es siempre posible y hasta relativamente fácil. Se ha hecho muchas veces en la historia y el resultado es siempre el mismo. El “otro” no es solamente diferente, sino que su mera existencia es un peligro para nuestra propia supervivencia. Obviamente hay gradaciones y variantes, pero el fondo es común. Con el nacionalismo

exacerbado se acaban las responsabilidades, porque todo lo negativo es culpa de otro y con su separación o su destrucción nuestros problemas desaparecerán por encanto. En la Alemania nazi fueron primero los judíos y en su orden, los socialistas, demócratas, gitanos, discapacitados y de ahí por delante. No había espacio para nadie que no fuera el “nosotros”, tal como definido por el poder manipulador.

Pero es difícil aprender y se sigue produciendo en muchas situaciones. Hemos visto y vemos los casos de Ruanda, Uganda, Myanmar, Cambodia y otros. Checoslovaquia se separó pacíficamente en dos repúblicas, pero fue excepcional. Lo vimos en el colapso de la Unión Soviética y lo seguimos viendo en Ucrania. Todo lo que no va bien en Cataluña es, según los separatistas, culpa de los “españoles” y cuando los “catalanes” se separen de España serán una sociedad feliz y colmada. No tiene importancia que en esa Autonomía hay innumerables y quizá una considerable mayoría de personas que no son catalanes o que lo son en parte o que simplemente no quieren separarse del Reino. No quiere decir que acabará como la antigua Yugoslavia, pero siguiendo el razonamiento habría que ver si querrán lo mismo los habitantes de las regiones donde se hablan varias versiones del catalán, los de Tarragona o Gerona, los ricos de los menos favorecidos y hasta los habitantes del elegante barrio barcelonés de Sarriá.

¿Y qué podemos decir hoy nosotros, “hermanos” latinoamericanos de nuestra relación de dos décadas con Venezuela y que nadie sabe cómo acabará? ¿Tenemos conciencia de los acuerdos sobre democracia que hemos suscrito todos en ese tiempo? ¿Admitimos que ninguno alzó la voz frente a lo que ocurría en Venezuela y su rápida transformación en una abyecta dictadura? ¿O más bien, callamos, hicimos de cuenta que no había nada serio y hasta muchos gobiernos y políticos aceptaron dinero y oscuros apoyos? ¿Veremos el incremento de la inmensa migración de millones de personas que ahora tenemos que recibir o el genocidio de parte del pueblo venezolano para que continúe en el poder el repugnante “bolivarianismo” y sus aprovechadores locales y cubanos? No somos los Balcanes, pero debemos reconocer que menos discursos y más seriedad nos hacen enorme falta.